socialismo
y participación
62

SETIEMBRE

1993

Hugo Neira/
HUACHAFERIA: postura e impostura*

CEDEP

Hugo Neira/
HUACHAFERIA: postura e impostura*

Hugo Neira/ HUACHAFERIA: posture and imposture
Synonym of flashy, upstart, ridiculuous, snob; the word ***huachafería*** *is used despectively to denigrate and set aside our fellow men due to an absurd social schizophrenia that incites to better onself but dislikes one who does so, it does not sanction fisical but cultural defects. It makes evident the way we perceive others and censures the lack of authenticity. Hugo Neira gathers the history of this peruvian word, which was first used by the olygarchy of the first decades of this century and is now of extended use in all society and maintains its applicability.*

La palabra no está en el *Diccionario de peruanismos* de Pedro Paz Soldán y Unanue. (Juan de Arona). Es decir, no existía en 1883. ¿No habían huachafos en el Perú? No, no los teníamos, y hacia 1899, cuando Manuel González Prada entrega las cuartillas de su feroz panfleto contra el Presidente Piérola a la prensa de un diario llamado *El Independiente*, que luego fue destruido por esbirros, le dirá de todo, desde bufón a trágico Polichinela, "chafarote de cartón, bellaco maligno y cursi", pero cabe señalar que no aparece el término de huachafo, a lo sumo de cursi, que se le aproxima. La invocación de este contencioso entre el padre fundador de las izquierdas peruanas, don Manuel, inspirador de los primeros anarquistas y apristas revolucionarios, y Piérola, el primer estadista que algo hizo por estabilizar la democracia en el Perú, aun si fuese la limitada e incipiente de los clubes políticos, resulta justa en el tratamiento del origen del concepto mismo de huachafería. No estaba en la boca de los maldicientes limeños porque de lo contrario, Don Manuel, lo hubiese usado sin reparo alguno para aquel hombre que lo irritaba no sólo por haber firmado el Contrato Dreyffus y erigirse Dictador durante la guerra contra Chile sino que con sus mostachos y botas federicas, se vestía imitando a Napoleón III. El vocablo de huachafo, que no aparece todavía en el ensayo de demolición política consagrado a Nicolás de Piérola al filo del nuevo siglo, (*Figuras y Figurones*, 1899) va a aplicarse a aquellos que pretendan ser lo que no son y además, se vistan ostensiblemente despreocupados del ridículo.

La lapidaria prosa del panfletario González Prada no se detiene en los aspectos políticos de sus víctimas, tam-

* Este trabajo, en abril de 1993 fue editado por CEDECOS (Centro de Estados y Desarrollo de la Comunicación Social); por su interés lo reproducimos en esta sección.

bién apunta al carácter, la conducta y a la indumentaria. En González Prada, la crítica moral y el desdén aristocrático van de la mano. Piérola lo irrita por arribista y por chusco, por "la desesperante frivolidad" del político que se improvisa ministro de economía. Las mejores biografías de Piérola no han desmentido que lo fueron a buscar en una puerta cajón o tenducho de Merchormalo en donde vendían santos de yeso, "...fruslerías, Tónico Oriental, y muchísimos menjurjes para remozar viejos verdes y revocar jamonas averiadas. No perseveró mucho en el comercio... pues como se busca un bravo para que de una puñalada, lo sacaron de su mostrador para que firmase el Contrato Dreyffus". La falta de escrúpulos de Piérola, en la versión de Ph. de Rougemont que recoge Don Manuel, ni negada ni confirmada, se hallaría en el origen de su carrera: Tengo, habrían dicho al Presidente Echenique, lo que usted desea. "No busque más. Un deudo mío, muy joven, muy pobre, muy oscuro y muy ambicioso; tan vanidoso como falto de escrúpulos; lego en las finanzas, pero bastante inteligente y bastante atrevido para hacer creer que posee a fondo la Ciencia Económica, es el único hombre que llena las condiciones del programa". El resto lo conoce la historia: Ministro de Hacienda en 1869, Jefe Supremo de la nación durante la dictadura que establece de 1879 a enero de 1881, esto es, durante la guerra con Chile; Presidente de la República de 1895 a 1899. Fundador del Partido Demócrata, el hombre que facilitara la hegemonía de sus rivales civilistas, fallecido en Lima en 1913. Hay que decirlo, adorado por la muchedumbres, el Califa...

González Prada no aceptó ninguno de los roles públicos de Piérola. Si apenas tolera al Ministro en el que ve sólo el hombre de mano de la intriga financiera de Balta, aún menos al improvisado Dictador de 1879. No lo seguiremos, enteramente, en este punto. El poder que asumió Piérola en un país no preparado para la guerra, en un Estado en abandono a raíz de la fuga a Europa del Presidente legítimo Mariano Ignacio Prado, en un Perú al garete frente a la máquina de guerra chilena inspirada y formada por prusianos, era un poder casi inexistente. Y esa guerra, lógica, trágicamente, se perdió. Dudo que alguien pudo evitar la derrota. Más que el aspecto militar de ese episodio nacional o los enmarañados "dossiers" del acuerdo con la casa Dreyffus en donde Piérola ministro, hay que decirlo, contradijo a la oligarquía, (Gilbert, *La oligarquía peruana, historia de tres familias*, p. 20) conviene reparar en el planfleto de González Prada en la objeción no sólo política y moral sino estética. La dictadura le pareció no sólo una usurpación sino una tragicomedia, un intermedio de ópera bufa. No sólo porque Piérola concentró todos los poderes, además del Legislativo, Ejecutivo y Judicial, el Generalato en Jefe del Ejército, el Almirantazgo de la Marina, lo cual era un exceso (Chile, el invasor, mantenía en plena guerra sus instituciones parlamentarias) sino por otras formas de potestad, más alegóricas que otra cosa, que le sonaban a mascarada y ripio: Protector de la Raza Indígena, Vicario General de los Ejércitos. Irrita a González Prada que en plena contienda, con los chilenos en las puertas de Lima, el Dictador de mostachos y botas federicas, se entregue a fundar un Instituto de Bellas Artes, dicte un estatuto, emita resoluciones sobre delitos de prensa, imitando a Napoleón. Atolondramiento, improvisación, en la víspera de las batallas decisivas, "... sus generales huyen del campamento para refocilarse con las prostitutas de Lima, sus ministros bailan desnudos en los

saturnales de los barrios bajos o repletos de alcohol se desploman en las plazas y calles de la ciudad." Et ne minimo quidem temporis voluptates intermissae, y en ningún momento, los placeres fueron suspendidos. (Tácito, *Historias*, libro III) En fin, le reprocha los vínculos con los curas, el clericalismo de su régimen, "...basta ser primo de una madre abadesa para conseguir una Prefectura, basta descender de un canónigo para desempeñar una Comandancia General. Cuando se cruzan barchilón y sacristán, el uno pregunta, "Cómo va, mi coronel?" Y el otro responde: "Para servir a usted, mi comandante". Todo esto ocurre, piensa González Prada, por lo que el país es, y por quien lo dirige en esa contienda, "una estrambótica mezcolanza de lo cómico siniestro con lo trágico ridículo". Piérola le produce no sólo cólera sino risa.

No, no está la voz que designa la huachafería, pero sí su contenido, su espíritu. Imposible no reirse de Piérola al verlo recorrer las calles de Lima con estrechísimos pantalones de gamuza, enormes botas de carabinero español, casco a la prusiana y dolman sin nacionalidad. Todo en él le molesta. "Se empinaba sobre descomunales tacones para disimular la deficiencia de la estatura, echaba atrás la cabeza, abombaba el pecho..." Le irritaba que en pleno naufragio, en esos doce o trece meses de la dictadura, como Lima siempre es Corte, aun cuando sopla el viento de la derrota, Piérola organice la suya, al punto que una rigurosa etiqueta lo lleva a no recibir tarjeta o papel alguno que no viniera en bandeja de plata y con lacayo de rigurosa librea. Entretanto, el Perú no tenía cómo vestir y alimentar a sus soldados. No sólo es el exceso y la afectación lo que resulta vicioso sino la inadecuación. Las tropas colecticias serán desbaratadas en San Juan y Miraflores y aun el sacrificio de la juventud limeña en la línea de los reductos, no impedirá que la capital caiga en el poder de los chilenos. Piérola, señala González Prada, huyó a la sierra, lo cual era, añadimos, una posibilidad de resistencia, fue lo que hizo Cáceres para montar guerrillas, pero ¿qué hizo Piérola, en un Perú derrotado? Pues nombrarse General.

Lo que desespera a González Prada del personaje Piérola no sólo son sus errores –quién no los tiene– sino la impavidez. O en términos de moral católica, que hubiera desagradado a uno y encantado al otro, no el pecado sino la falta de arrepentimiento. Arruina las finanzas nacionales con el Contrato Dreyffus, consume la derrota con la dirección de la guerra, sin por ello dejar de conspirar, "... en medio de la sangre y el llanto, del incendio y de las ruinas, de la desesperación y muerte, en medio de su obra, se queda tan impávido y sereno con el niño que rompe un jarrón de Sevres o deshoja un ramo de flores". Frivolidad, ridiculez, puerilidad. ¿Excesivo Don Manuel? ¿Es verdad que Piérola, cuando viajaba, se hacía llamar Teodoro de Alba en el Ecuador, Fernández Garreaud en París, mister White en Londres, Herr von Tiefenbacher en Berlín y Signor Vermicelli en Roma? Que cuando se evade de una prisión en 1890, deja en la celda patillas, corsé, un detente, variada serie de sus propias fotografías y, con inquina añade don Manuel, "no sabemos si una colección de pantorrillas y nalgas postizas". Piérola es la encarnación de las revoluciones del siglo XIX, el eterno conspirador. Prado no cree en esas sandeces. "Se derrocó Presidentes, se derramó sangre de infelices, pero nuca se volteó lo de abajo para arriba, no se practicó una verdadera liquidación social" (*Horas de Lucha*, p. 148. 1898).

¿Páginas biliosas, personales, únicamente antipierolistas? La diatriba de

González Prada se dirige contra el culto al gran hombre que muchos peruanos vieron personificarse en Piérola, contra el último de los caudillos civiles del siglo XIX, y en temática que nos interesa, que es contemporánea, contra el líder carismático, el político providencial y mesiánico. En el Califa vio encarnarse, acaso con exceso, no sólo un listín de pecados públicos y privados, orgullo y vanidad, soberbia y ciega satisfacción, criminal ufanía, sino lo que podemos considerar como el vicio que más detesta en los figurones peruanos: la falsa genialidad. Piérola lo saca de quicio porque se apropia de los trajes de los emperadores y reyes de europa y de las frases célebres, las que altera y se atribuye, "por más que algunos se empinen, no llegarán a la altura de mi desprecio", imitando a Favre, a Guizot, que Don Manuel sí había leído. Manía de singularizarse, de monopolizar las miradas, de acaparar la admiración en bustos y efigies públicos, en el nombre en los edificios públicos, en el perfil en los sellos, en la moneda. La ramplonería de Piérola es una de las visiones premonitorias de don Manuel González Prada. Es la condena de un siglo y de una clase, pero no sólo eso, sino un atisbo del porvenir. Los orígenes de la oligarquía, los negocios de la Consolidación, el guano, los trapichecos con Meiggss, todo aquello que condujo a la aparición de una clase más rentista que capitalista, y la falsa rivalidad de pierolistas y civilistas, constituyen el telón de fondo en que, disgustado, don Manuel ve evolucionar la política, la manera Piérola. Pero también le inquieta el culto a las apariencias.

Hay como la intuición de que el Califa inauguraba una manera peruana de hacer política, en donde el gesto era más importante, muchísimo más, que el programa. González Prada no vivió suficientemente para ver en el nuevo siglo, en el nuestro, la supuración de la vida pública por el exceso retórico e ideológico, pero algo presintió en ese hombre, que sin explicación, tanto fascinó a los peruanos de su tiempo, a los ricos porque sabía montar a caballo, porque era "un guapo de a caballo", a la plebe, a la oscura y amulatada grey que seguía ciegamente a Don Nicolás, por esas misteriosas razones que llevan a un pueblo a amar a un líder por sobre todas las cosas. Presintió en el culto al Califa un anticipo del uso del poder mediante el abuso de la propaganda y el exceso simbólico que los líderes políticos del siglo veinte peruano -de Haya de la Torre a Abimael, de Leguía a Alan García- han continuado y ahondado, en una generalizada búsqueda de la obediencia por la hipnosis.

La ambición carismática no ha hecho sino crecer con nuestra historia.

Huachafería, signo de la risa, hito del desprecio. Ninguna definición de lo limeño, en política como en el resto, puede ignorarla. Porque Lima fue la sombría fiesta que negara siempre la mudanza histórica, aceptada en el mejor de los casos con rictus, como de vieja contrariada o de señorón irritado. Huachafería, si no es el dedo acusador que lleva a una prisión, en cambio bien puede ser el indicio del desdén, la sonrisa aviesa en un contorno hostil, la frase que se escucha y duele. La generalizada manera y el irónico método que lleva entre nosotros a prodigar el calificativo de huachafo y de huachafoso es, en sí mismo, un melindre, parte de la común afectación que apunta a la ajena para mejor disimular la propia. Y a estas alturas del siglo, cuando éste atardece, no sabemos a ciencia cierta qué la constituye, lo cual no impide que todo el mundo se haya echado a huachafear. El término, en efecto, no preocupa a quienes lo lanzan, acaso porque nadie se admite huachafo como se reconoce

achorado, latino de New York, testigo de Jehova o rockero. Nadie se define huachafo, no hay moda precisa ni condición permanente que la ilustre, es una postura y una conducta, y una mirada, siempre la del otro, condenatoria. Y si para un filósofo contemporáneo francés, "el infierno son los otros", para el maldiciente limeño, que lo somos todos, el huachafo son los demás. Más que una falta, es un descuido. El sociólogo dirá que hay grupo de desviación, pero sin estructura definida, un extraño "out-group", sin fronteras precisas. Lo que está claro es el sentido de sanción, porque la libre distribución de la patente de huachafo es raje y burla y algo más: marginación. La huachafería no es un pecado, acaso un yerro. No se inscribe en el Código Civil pero sí en la comidilla social, nadie tiene la culpa de ser calvo o bizco, pero la zumba del epíteto no sanciona hechos naturales sino culturales, como echarse polvos de arroz en la piel para disimular un color oscuro, como solía hacer cierto notable y hasta gran abogado limeño, de arrependida extracción popular. La burla que en este caso es cruel, también apunta al nuevo rico que echa a perder una vieja mansión cubriéndola de innecesarios mármoles y columnas dóricas, o con techos de dos aguas, en una ciudad como Lima en donde nunca llueve. Fatuidad, ramplonería, fealdad por exceso de efectismo. ¿Hay como un viejo Perú clásico y reservado a la vez, que soporta mal el adefesio arquitectónico, las marimoñas en el vestir, los remilgos en el hablar? y al borde de cada exceso, surge el calificativo de "huachafo" que puede calificar y desacreditar desde un individuo hasta un régimen, como el más hábil de los dardos. Desconfiemos de su exigüidad, como los potentes venenos va en proporciones inversas a su malignidad. Contra lo que se ha sostenido el ridículo no solo hiere en Lima sino que mata.

El tema de la huachafería es menos murmuración jocosa de lo que se cree y más sanción. Barrera social, frontera de costumbres, secreto código. El Perú tradicional esconde su rostro que siempre fue dramático, y aquí avanza con uno de sus risueños disfraces, aunque abajo la careta de la risa se halle la mueca de la casta. ¿Qué explica, en efecto, tal intolerancia ante la extravagancia ajena, la imperfección literaria o las extraviadas estéticas de los recién llegados? La similitud con el tema del "cursi" ibérico y el "parvenu" francés, no debe desatenderse. Los intrusos a menudo son estigmatizados, es una manera de contener su invasora presencia. Y los que ya están dentro -club, sociedad cerrada o mundo burgués- duchos en el manejo de las reglas de cortesía urbana y social, en el dominio de lo que se admite generalmente como el buen tono, zahieren sin piedad a los advenedizos. ¿La huachafería, solamente un castigo verbal? ¿Lo cursi de este lado del mundo? Pero lo semejante no es lo idéntico. El "parvenu" francés es, en efecto, el advenedizo, el nuevo rico, la ascendente burguesía en sociedades que dejaron atrás la pobreza decimónica. Por lo demás, el uso europeo se distingue del uso limeño donde la huachafería se encarniza preferentemente en los de condición pobre. De otro lado, si el cursi español es aquel que hace el ridículo, queda por señalar que no siempre es lo mismo lo que nos hace reir o sonreir a uno y otro lado del Atlántico; lo irrisorio y lo grotesco cambia de un país a otro, y nada es más nacional que el humor, más local, mas lugareño. ¿Qué es, pues, lo huachafo?

No cometeremos la huachafería de pretender ocuparnos de la cuestión por vez primera. Por el tema han trajinado escritores y pensadores, media "intelligentzia", y antes de intentar una con-

tribución personal conviene resumir lo que se ha dicho, los delicados consensos sobre el tema de nuestro mal gusto o como dice Angela Ramos, el gusto de nuestro mal gusto. Lo huachafo, agrega, es "el quiero pero no puedo". Lo cierto es que el uso no es viejo, apenas data de los primeros decenios del siglo pero una boga formidable lo ha incrustado en nuestra lengua corriente. Es el más amplio y frecuente de nuestros peruanismos, tan extensamente usado como el de "calato", ya de sí dilatado debido al empeoramiento de la economía, o tan repetido como "cholo" o "cholito", cuya difusión se explica por la intensidad del proceso migratorio. Un peruanismo, cabe añadir, que es señal de cómo percibimos al semejante. Es decir, atravesadamente. Porque el vocablo encierra, bajo un aire frívolo y casi inocente, la más sonora de nuestras desligitimizaciones.

La palabra "huachafería" tiene un curso propio, con raíces filológicas, históricas y simbólicas singularísimas. Su raíz es de claro sentido despectivo y discriminador (Martha Hildebrant). Las primeras indagaciones que han sido lingüísticas, reparando en la evolución de sus contenidos socioeconómicos, advierten de los cambios de significado. Por ello, resulta significativa su difusión en la década de mil novecientos treinta, cuando Lima se echa a crecer. Y cierta ramificación de su taxonomía: huachafa, huachafita, huachafosa (Angela Ramos). Por último, la recuperación del concepto desde la banda de izquierda de la "inteligentzia" es posterior, decenio de mil novecientos sesenta, y arranca con Sebastian Salazar Bondy, en su *Lima la horrible*, obra que comprueba la complicidad de la lengua corriente con la mentalidad oligárquica, porque el vocablo contribuía a censurar a los casos individuales que aspiraban a ascender, o simplemente imitar a los de arriba, "... en pos de la categoría superior o que se presume superior aunque de hecho no lo sea". Se cree que la primera vez que se la usa es alrededor de 1903, en la revista *Actualidades*, dirigida por Castillo, y su creador habría sido Jorge Miota, un literato misterioso, que nace en Apurímac y muere en la Argentina, aquejado de locura extrema. La idea que comparte Martha Hildebrant y Eduardo Nuñez indagando por los orígenes de este peruanismo, es el de una adaptación de la huachafita colombiana que es el nombre de la jarana en ese país. Habría habido, a principios de siglo, en Lima, una familia colombiana exiliada, con hijas bonitas pero en mala situación económica que hacían unas fiestecitas, un tanto dudosas, un poco ramplonas, pretendiendo ser más de lo que eran. A estas fiestecitas, el rumor comienza a llamarlas "huachafitas", porque en Venezuela, insiste Hildebrant hasta el día de hoy "... una huachafita es un alboroto". Primero, pues, la palabra se aplicó a una fiestecita y luego a dichas hermanitas. Ahora bien, con arreglo a esta explicación se habría producido una permutación lingüística. La palabra "huachafita" pareciendo ser un diminutivo, (no lo es, es una palabra primitiva) da la impresión de poseer un sufijo, y en consecuencia, provoca una derivación: huachafoso, huachafiento, etc. El sufijo huachafo se implantó con posterioridad. En definitiva, un origen anónimo, creado por el rumor, apuntando a la descalificación, ensañándose en un determinado tipo de mujeres.

Casi todos los autores coinciden en este punto; el machismo criollo. La huachafería inicial, el adjetivo y el comportamiento, fue un fenómeno femenino y de clase media baja. Como dice Angela Ramos, la huachafita era generalmente bonita, dulce, el concepto sirvió para designar a muchachas que vivían una vida llena de estrecheces, "que pa-

saban hambre por comprarse una blonda", y para las cuales la única solución vital era el matrimonio, el pescar un buen partido para salir de la miseria". El tópico se encarna con perversa predilección en las más frágiles, venidas de esa clase intermediaria entre la aristocracia y la plebe, en las que aspiran a más pero no tiene como. En la década de 1930, el concepto se extiende, esta vez debido a la magia de la radio. Parece jugar aquí un papel decisivo el periodista Fausto Castañeta, el autor de una inolvidable serie, "Doña Caro y sus hijas", Zoraida y Etelvina. Es significativo que el ambiente se sitúe en los Barrios Altos, que el niño Goyo gorree el tranvía, que haya un perro, llamado "Trole", y que pese a viajar a la Argentina, Castañeta siguiera enviando crónicas en las que satirizaba una Lima que comenzaba a crecer: ruptura del viejo casco urbano colonial, prolongaciones urbanas hacia el mar y los balnearios, nuevos distritos repletos de casitas, buques y otras huachaferías. Con el urbanismo de los chalet suburbanos y sus nuevos inquilinos, crece la ocasión de huachafear, y Angela Ramos da la partida de nacimiento a una ampliación cuando describe, al lado de la clásica huachafa, la existencia de la huachafita y la huachafosa. Y aunque nuestro peruanismo de marras todavía se mueve en el mundo de las mujeres, el camino había quedado abierto a una generalización de la idea.

Sólo por el decenio de mil novecientos sesenta se repara en que es un "peruanismo que reúne en un solo tema los conceptos de cursi, snob y ridículo". Sebastian Salazar Bondy, en un comienzo de actitud crítica, advertía que "la pobreza no es huachafería, pero se calla que es entre los pobres donde los satíricos la advierten". Lima había comenzado a cambiar, la migración andina había empezado a implantarse en la cintura de barriadas, pero todavía el gran cronista, que fue, pudo leer en el comportamiento de los limeños lo que llamaríamos la versión evolutiva de lo huachafo: "la dependienta de tienda que remeda los modelos de la damisela de sociedad; el burocráta que se reviste de pompa y gravedad verbal; el pequeño burgués que acomete su casita propia, copiando en modesto, los regustos arquitectónicos de palacio; el grafómano que redacta con hinchazón y vacuidad porque supone que así es una pluma caliente". Ya no había únicamente desdeñadas huachafas sino otros especímenes. De los días de Salazar Bondy a los nuestros, el Perú no sólo ha cambiado, sino que se ha desarticulado. Como nadie está seguro, el porvenir es incierto y general el deterioro, el vocablo, que revela incertidumbre, ha crecido en extensión, lo cual no deja de ser muy significativo del clima social del fin de siglo peruano. Así, Mario Vargas Llosa acaba de aplicarlo a comportamientos tan vastos como la vida en sociedad y la literatura peruana. Huachafería hay tanto en la casa de Miami de los muy ricos que han huido del Perú catastrófico de la década de mil novecientos ochenta, en la procesión del Señor de los Milagros, en el estilo literario de muchos escritores, incluyendo a veces el suyo, dice, como en ciertos giros y maneras que lo irritan por ser reveladores de inseguridad e inautenticidad, "un champancito, hermanito".

Hay que partir del hecho que huachafear fue el deporte intelectual de los poderosos, el privilegio de aquellos que sí sabian vivir y, en consecuencia, la crisis del concepto, la perplejidad que ahora la acompaña, indica muchas cosas. Entre las más llamativas, la debilidad de una clase directora, o su volatilización, así como de algunos de sus más consolidados valores, como el sentido de la jerarquía y el buen gusto,

la perennidad de las barreras lingüísticas y vestimentarias, y la cuidada red de figuraciones y emparentamientos que habrían preservado la producción y reproducción de una clase adinerada de la intrusión étnica o social hasta el remezón velasquista, la pérdida del control del Estado en el decenio de mil novecientos ochenta y la inundación de achorados emigrantes en las calles y la vida capitalina. Mario Vargas Llosa, de alguna manera, desde la alta tribuna de una celebridad literaria que más debe a las casas editoriales españolas que a su público limeño, se empina ahora por sobre los cuatro ricos que quedan, y que empujados por el cerco de amenazante miseria, víctimas de secuestros y cupos de guerra, acaban, en algunos casos, por irse a vivir a Miami. Mario un poco que los mira de arriba, o sea, los huachafea. Ser rico, o blanco, o ambas cosas, cuenta pero no mucho y la lucha por la supervivencia y distinción social son de regla, y alguien observaba que resulta superfluo llevar en Lima cadenas cartier, porque todo el mundo, pese a la pavorosa crisis y la fuga de capitales, tiene cadenas cartier y entonces éstas resultan huachafas. Con Sendero en los flancos y el narcotráfico pudriéndolo todo, nuevo Beirut, los mecanismos que obligan a guardar la distancia social, "darse su lado", y que llevaron a inventar la idea de huachafo, siguen vigentes de uno a otro fin de siglo.

El paquebote se va a pique, pero manteniendo las diferencias entre primera clase y las demás. Aunque hace un buen rato que la jerarquía misma de lo mejor se rompió para siempre en el Perú de estos días, y en el desplome social se mantienen ciertos gestos, degradados vestigios de un arte de vivir en la Lima de otrora, y a falta de medios se colocan las queseras con tapa de acrílico y los ramilletes de flores de trapo, se sigue vistiendo de blanco a la hija en la primera comunión y los obreros se casan de chaqué, la nave se hunde pero con las banderas del decoro en alto.

En una ciudad en la que hay millones de habitantes pero pocos limeños, lo huachafo puede ser lo que adviene pero también lo que no concluye de irse o morir. Así, en las encuestas de opinión sobre quiénes son huachafos (1987), para unos lo son los Shapis, por gordos y ruidosos, y profetas de una música chicha para alocados neourbanos. Es decir, que luce y ostenta la diferencia. La decencia doblemente agredida por la crisis y la movilidad social se defiende: mongos, mensos, pavos, etc. Pero para los hijos de los andinos, instalados sólidamente hoy en una ciudad, cuyo rostro y costumbre han alterado definitivamente, son huachafas las tribus urbanas de melancólicos admiradores de un Occidente de opereta. La lista puede ampliarse con algunos ostentosos rituales como los concursos de Miss Perú, los bailes con ritmo de Luau hawaiano en los exclusivos clubes costeros. La lista se haría interminable si se añade la huachafería de la política y del periodismo, el obligado bailecito en público de los candidatos a la presidencia y ciertos tic de la prensa escrita: departir por conversar sobre todo si se trata de políticos; arribar por llegar, plagiar por secuestrar, debutar por comenzar, ofertar por ofrecer. El fenónemo de la huachafería no sólo afecta a las élites, sino a sectores populares que ante el incierto presente retornan a cultos originales como estrambóticos, parte de la alegre e innovadora anomia nacional, como las sectas que van a comunicarse con los extraterrestes en los desiertos costeros de Chilca o los Israelitas del Nuevo Pacto Universal que inmolan bueyes y gastan luengas barbas en un país de lampiños. La seña de lo huachafo, que nunca deja de ser burlo-

na y aviesa, no ahorra ni a los valores consagrados, sobre todo a éstos. El vals es huachafo si es Pinglo que afirma que su sangre aunque plebeya, también tiñe de rojo. O el propio Vallejo, que se le escapó aquel verso infortunado, "quiero laurearme, pero me encebollo".

Se tiñe el lenguaje, los gustos literarios y musicales, la huachafería mana generosamente en los edificios privados y públicos, se ensaña en nuestra arquitectura. ¿Lima, fea u horrible?. La urbe, en lo que posee de construcción noble y moderna, se descuajeringa en mil estilos. Es la avenida Arequipa, luciendo un chalet suizo al lado de un caserón que imita a la Casa Blanca de Washington, un edificio estilo buque del decenio de mil novecientos cuarenta quitándole luz a un templo griego haciendo esquina con una residencia inglesa. Si el plano de cualquier ciudad, si la traza urbana es el lugar privilegiado en donde se ejerce el poder, se nota que aquí no mandó nunca nadie, que esa cristalización del caos indica la sempiterna debilidad entre nosotros de lo público ante lo privado. Pero si al menos los particulares hubieran tenido más tino, no fue así. Y Lima acumula en muchas fincas residenciales, como en los edificios públicos, el ejemplo de la ostentación fallada, la originalidad que salió mal, la dudosa gloria de lo inadecuado. Y si por mi parte tuviera que elegir un monumento público a la huachafería entre los ya existentes, dudaría entre Palacio de Gobierno, con su pomposo estilo copiado a algún palacete centro europeo de olvidado croquis, el Castillo Rospigliosi, excelsa obra de quincha y cemento situado en el populoso barrio de Lince, con muros por donde puede saltar un gato, chato y sin elevación, prueba que ni el propietario ni el arquitecto que lo concibieron tenían la menor idea de qué es un castillo medieval, ni falta que hace en un Perú en donde no llegaron nunca, construidos cuando se construían, sobre elevaciones de terrenos y lejos de villas y villanos. Dios, los atentados y los alcaldes lo conserven, para solaz de generaciones, chiste de vecinas y chacota de entendidos.

Pero la tesis que sostiene que incurre en huachafería únicamente quien aspira a ser lo que no es y, en consecuencia, hace el ridículo, ha perdido gran parte de su crédito. Pudo ser eso cierto cuando se criticaba a las jovencitas de extracción popular, la dependienta mal vestida en la versión Salazar Bondy de la Lima de la primera mitad de siglo. La letra de la canción criolla es rica en la descripción de las mal trajeadas: *Con zapatitos de bebe y las medias caladas / sortija de mujer y marimonas rosadas / la blusa color café y la falda colorada / dígame usted por favor, sino ha de ser galanteada /*. La primera proto-huachafa parece una heroína del inconformismo y no lo es, sólo aspira a llamar la atención, a que se ocupen de ella, que la galanteen. Dicho sea de paso, hay ternura en muchas letras de vals para "la muchachita ingenua, de los lindos ojos", muñeca rota, de falsos crespos y de perendengues, ángeles caídos en esa despiadada guerra de sexos y de clases que no supo darse ese nombre. Importa señalar el valor que tuvo la primera mujer que se echó a trabajar, y el poder subversivo ante el orden limeño que poseía una blusa café sobre el fondo de una falda colorada, y el sombrerito mal puesto, los guantes inexistentes, la falta de adecuación entre ropa y accesorios, ora porque la dependienta no sabía cómo combinar su vestimenta, ora por no alcanzar a completarla. Para la gran dama, aquélla no era sino una arribista, pero para los vecinos de barrio que la veían partir cada mañana a un trabajo terciario, era una heroína social. El

tema guarda su entera duplicidad. Interesa el dardo, pero también quien lo lanza.

La aparición y persistencia del concepto en el curso del siglo veinte, a la par que las luchas sociales y los fenónemos de movilidad vertical y horizontal me parece un hito revelador. Creo que la huachafería, o mejor, las ganas de huachafear, es como una obsesión muy peruana y moderna, de Leguía para aquí, para todo lo que se mueva y cambie, arriba, abajo y al costado de la escala social. El peruanismo que nos ocupa expresaría no sólo la conciencia del cambio sino de su mala conciencia. De esa esquizofrenia social que incita a mejorar pero aborrece a quien lo intenta, nace el extremado concepto de huachafo, prueba de la movilidad de clases y, a la vez, cepo de ingenuos, marca de hierro en la piel del advenedizo, muro invisible para el ambicioso. Tras su intenso uso puede sospecharse soterradas estructuras psicosociales de cuya existencia la expresión de la huachafería en tanto que calificativo denigrante es sólo manifestación y lujoso síntoma. La sociedad limeña condenó a quien ascendía, y un poco menos, al que no sabía permanecer en su sitio y tomaba el camino de la triste deriva hacia las zonas tildadas de medio pelo. Una vez más, por la senda aparentemente mundana de un vocablo de curiosa fortuna, nos hallamos ante una de las claves más secretas y profundas del Perú contemporáneo, sociedad profundamente conservadora y no revolucionaria como se pretende, de vocación inmovilista. (¿No ha hablado Bourricaud, del fin de la oligarquía y la persistencia del hombre oligárquico?) También se me ocurre ver en todo esto algo que corresponde a un contexto cultural más ancho, es decir, la preocupación muy hispánica por cierto, por el tema del decoro y el rango. Pero si esto es verdad, interesa sobre manera la diacronía, el tiempo histórico en que ese peruanismo aparece y se instala. Es revelador que circule desde la década de mil novecientos treinta, es decir, cuando se afianza el primer proceso de industrialización y modernización y, en consecuencia se inicia, aunque tímido, el primer proceso tangible de movilidad social. Oligarquía y huachafería no pertenecen a la misma mentalidad, pero sí a la misma sociedad bloqueada. Totalitarios, en particular en cuestión de rango y gustos, los oligarcas se rieron de ese vago remedo de sí mismos. Y aunque algunos de los más brillantes intelectuales de la élite dominante, por inicios del siglo, habían leído a Tarde, (*L'Opinion et la Foule*, 1901) los demás ignoraron, en la censura a una práctica que no podía ser sino una forma doliente de homenaje, que la "imitación social" consolida las dominaciones: el noble provinciano imita la corte; ésta, al rey...

No hay sociedad sin jerarquía, confesada o tácita. Acaso en la Lima de los primeros decenios del siglo se aspiraba a un par de cosas, en sí mismas, opuestas y conflictivas: el progreso social y el mantenimiento de una cuidada escala de grupos y clases que ni la riqueza súbita del guano, ni el desastre de la guerra del Pacífico, habían contribuido a derribar. Es curioso que en los mentideros criollos se echen a huachafear cuando aparece un muñón de clase obrera y media, de primeros y arriesgados pioneros del ascenso social. En todo caso, como peruanismo, lo hemos dicho, no aparece en el clásico diccionario de Paz Soldán y Unanue, con lo cual está claro que no existía antes de 1880. Había en cambio, palanganas y fregados, fachendosos y tronchistas, pleitistas y arrevesados. (Juan de Arona, *Diccionario*). Gente, finalmente, de poca monta, en nada amenazantes, ni en lo real ni en lo simbólico, todavía no habían aparecido los

apristas... La palabra no se impuso mientras reinaba el orden civilista, entre 1895-1919. Es decir, cuando el Perú fue "ungido al triple yugo", económico, social y político, de una élite, que en economía emergía exitosamente, casándose entre sí, gozando de prestigio social, y controlándolo todo, desde la política a la vida pública. La oligarquía no sólo fue un poder sino un espacio: ciertas familias claves en algunos barrios exclusivos e iglesias parroquiales; ciertas playas, en sus días Ancón; uno que otro colegio, a comienzos de siglo, el San Pedro para las niñas, el Recoleta para los varones; fiestas íntimas, vínculos cerrados, nada de intrusos. Leguía y la movilidad social, la crisis de 1929 y el resentimiento de las clases medias va a arruinar todo esto, y sólo desde entonces arranca la huachafería.

Se explica, entonces, su uso corriente. Quien tilda a otro de ramplón, vulgar y de entrometido, es decir, de huachafo, es alguien que debe estar muy seguro de sus gustos. Quien habla no es sólo un individuo, sino una clase. Así, el término, sobrellevando desde sus orígenes una connotación despectiva y encarnizándose originariamente en un universo de mujeres, da por sentado que el patrón o modelo del buen gusto estaba como definido de una vez y para siempre. Reflejo de una arrogante concepción del mundo, de los pingües negocios, de la confianza en la perdurabilidad de su propio orden. ¿Por qué no habría de continuar las exportaciones mineras y agrícolas, la hegemonía de las grandes familias, y en particular, sus valores? Y, en consecuencia, la idea misma de lo bello, y de su opuesto, lo feo o inarmónico, transformados en criterios de estética inamovible para todos los tiempos y lugares. Poco importa que en el mismo lapso, en la propia civilización occidental los gustos cambiaran profundamente. En este sentido, la revolución estética encabezada por el pintor Sabogal, al colocar en los muros sus indios de altos púmulos y colores subidos, hacia el decenio de mil novecientos veinte, es tan decisiva como la formación de los modernos partidos políticos y la aparición del sufragio universal en la demolición del viejo Perú.

Los huachafos no son los vencidos de la historia, no son los indios, para parafreasear el célebre intitulado de Nathan Wachtel, sino los primeros que se asomaron al festín de la vida y del consumo suntuario de los muy acaudalados, como la clase de gente que "aguaitaba" divertirse a los ricos tras las altas rejas de las grandes mansiones, para concluir colándose. No vencidos, sino advenedizos, zampones. Parte de la lucha no por los medios de producción sino por el prestigio social. Es significativo que la palabra huachafo se implante después del pasaje traumático de Leguía por el poder; es decir, hacia el final de la República Oligáquica, y en este sentido, habría que tomar a lo huachafo como el reflejo de autodefensa de una élite social ante gustos y maneras invasoras, ante lo que comenzará a percibir como extravagante e intolerable, ante lo que era no solamente feo sino aberrante. Resulta, pues, claro que el concepto es un anti-valor, un desvalor, una devaluación de los demás. Pero la desarmonía o mal gusto no sólo pudo encontrarse entre los que ascendían o pretendían hacerlo, sino entre los que no sabían mantenerse en su sitio. Ahora bien, la antítesis de esta tesis consiste en sostener que lo huachafo, en masculino, en varonil y pudiente, lo encarna no sólo quien asciende de mala manera sino quien desciende en la escala social; el aristócrata venido a menos que se encierra en un caserón de Barranco sin tener que comer pero con mayordomo, termina por ser un huachafo, no importa sus blaso-

nes, no es más lo que dice ser. La idea de que entre los ricos cabe también la impostura es más moderna, más de nuestros días y viene a añadirse a la primera significación que sólo huachafeaba a los de abajo. Y un poco que altera su signo, no la coloca como voz usual, necesariamente, en la vertiente conservadora de la sociedad. Por otra parte, es bien sabido que hoy el concepto castiga no sólo actividades –una fiesta mal llevada, una frase construida alambicadamente, tal ropa o amaneramiento– sino también cierto tipo de afectividad, llorar con los culebrones de la televisión es huachafo. Este es otro aspecto del problema, más cultural que social. El reparo al exceso verbal o gesticular, habla por sí solo. Es el mundo de lo criollo lo que está en la línea de mira. Es decir, por la influencia de Lima y lo limeño, una gran parte de la peruanidad, con las sobrias excepciones de lo indio y acaso, de lo español en su perfil castellano, seco y duro. De ambos comportamientos queda muy poco en el Perú, y el indio y el castellano grave sólo son parte de un fondo de recuerdos comunes, parte de nuestros fantasmas, como los "caballeros de pueblo" y los "indios nobles" de José María Arguedas. Entre criollos parlanchines, zambos alborotados y despiertos informales, otros paradigmas de lo peruano han venido a remplazar a lo que pudo ser entera verdad en los días de Concolorcorvo y don Hipólito Unanue. Entonces, ¿el uso de la expresión en los tiempos modernos, en qué se afianza?

Me animo a buscar una de sus claves en esa especie de sorda condenación del Perú confuso y popular, heterogéneo y creador, por un Perú de pocos, oligarquizado, pero bien estructurado, "cada quien en su lugar", que de alguna manera comienza a morirse con la modernización del país. Oligarquía, modernización un poco a la diabla y aparición de un vocablo nuevo, van al unísono. Su fenomenología es del siglo veinte. No hay huachafería en el pasado colonial, ni siquiera en los casos más anfibios. Acaso porque el arcano virreinal ignoró las grandes sorpresas. De Garcilaso de la Vega se pudo decir todo menos eso, porque indio en España o español en Indias, como lo definiera Raúl Porras, dubitativo en los roles que asumiera desde su partida del Cusco a los veinte años, la estancia en Italia, luego en Montilla, hasta su consagración como Capitán y notable literato en la vejez de Córdoba, el joven mestizo Gómez Suarez de Figueroa o el corresponsal de Góngora que se firmaba "El Inca", en todos sus roles y papeles, sabía quién era. Y siempre fue, parte de la élite: heredero cuzqueño o gentilhombre cordobés. Garcilaso, o la lujosa marginalidad. En suma, un ventajista. Los tiempos que vivimos no poseen tales convicciones, ni religiosas ni estatutarias, y para millares de invasores intrusos no sólo el porvenir es incierto sino la ética misma del progreso individual o social. ¿Cómo esperar en tiempos tan revueltos esa especie de convencimiento colectivo que le da al concepto de bello y de feo y de lo correcto (como en el célebre *Manual de Carreño*) en la época en que no reina ninguna clase dirigente? En un tiempo en que el país se busca, en años de desgobierno y gigantesca mudanza, faltos de un paradigma nítido de que es lo peruano, en una orfandad que además de económica es estética, resulta normal que la idea de armonía sea una idea ilusoria, sin raíces en lo real y en la vida de todos los días, salvo que admitamos la enorme variedad de gustos posibles en un país en mutación como el nuestro, su caótica, creadora heterogeneidad. Así, el chal de colores subidos que indigna a la dama con ascendencia europea, acaso convenga a la peruana descendiente

de negros africanos que trajeros con su dolor, el gusto por los colores intensos como se lucen en las calles de Brazzaville y Dakar, y también en Chincha y Cañete. Si es cierto que existen varias subculturas bajo el manto de la misma nación, desde el legado indio a las supervivencias afro e hispánicas, amazónicas y asiáticas, entonces, no puede haber, en modo alguno, un gusto unificado. ¿Quién lo impondría? ¿Una clase, un Estado? Y como no hay hegemonía ni cultural ni política, ni de arriba ni de abajo, sino combinaciones, préstamos y rechazos, la desarmonía estética es la regla, el alma de un tiempo sin alma. Hasta que la sucesión de generaciones y la larga cuenta histórica, o el genio artístico, proponga y reúna lo que ahora se muestra disperso. Estéticamente, la huachafería es la escoria de los cambios, el precio que se paga en las aduanas de la aculturización. La playa de confusión que deja tras de sí una élite dirigente cuando se repliega, degenera o desaparece. Y a un país de "bacanes", lo gobierna un descendiente de emigrantes japoneses.

La preocupación tan peruana, de índole arcaico-española, por el decoro no lo explica todo. Ni aquella fue una batalla únicamente por el buen gusto, como en las *Preciosas Ridículas* de Moliere. Como se ha señalado en nuestros días (Mafferoli, *La conquete du presente*) no todas las sociedades tienen como regla el dinamismo y la innovación. La clase dirigente limeña estableció mientras pudo y pudo mucho tiempo, una suerte de imposición mortífera. El temor al ridículo sirvió a sus intereses, acaso mejor que ninguna otra barrera social. Hubo lugares, tal iglesia, tal paseo público o parque, abiertos a todos, pero al cual osaban sólo ir unos cuantos. La posibilidad del estigma, como toda expresión simbólica, estaba en todo y en nada, flotaba sobre la cabeza del aspirante a más, fuese quien fuese, mulatito con estudios de abogado, indio venido a más, por ejemplo, a general; muchacha con apellido corrientísimo que se hizo de un buen marido. El vocablo, colgado de los labios de quienes manejaron el Perú desde lo material y lo espiritual con los brillantes resultados que se conocen, pendía como un escupitajo, dispuesto permanentemente a la injuria. Fue la línea Maginot de los aupados en la inmerecida ventaja del apellido y de la casta. El *uti possidetis*, la línea de separación entre el Perú de arriba y los de la plebeya grey, la tierra de nadie entre mandamases y calatos. Medio Perú pudo llevar la marca infame del capricho señorial, como llevaron en otros tiempos los negros esclavos la "carimba" o marca indeleble sobre la piel, hasta que desde las barriadas y la marginalidad social, una mañana gris como cualquier otra, el asunto dejó de interesar.

Ocurre que desde abajo, el pueblo en su ascenso, esta vez masivo, había creado la figura del "avivado" y el "achorado", que poco le importara vestirse francamente mal o hablar un castellano chapurreado con tal de tener éxito y tener plata. Tal desenfado, del vendedor ambulante y las nuevas capas urbanas, hizo más por revolucionar el país que toneladas de dinamita. La sociedad peruana, acaso por el decenio de 1960, había bruscamente cambiado de valores, contando ahora burguesmente el dinero. El ingreso a la modernidad capitalista no se hizo, sin embargo, por la puerta de la expansión sino de la desesperación, pero esa es otra historia. El concepto teniendo una lógica y una historia, no es un esencialismo, como queda demostrado.

Nada es huachafo *per se*. En cambio, me animaría a decir que es una fenomenología. En efecto, en la huachafería no hay ahora un agente

social bien determinado, una clase o un grupo sino una actividad, una sensibilidad, que según el grupo que mira y habla -que puede estar arriba o abajo- califique a los otros, o mejor, los descalifique. En Lima denominar también puede ser borrar, olvidar, liquidar. En los inicios, el dardo se lanzó sobre unos pocos. Después, indiscriminadamente. Y como los tiempos son cada vez más duros, la tarea de aniquilación simbólica del otro, casi metafísica, continúa. Así, en nuestros días, para muchos la huachafería se presenta como una tasa psicosocial que coloniza todos los estratos sociales hasta confundirse con el país urbano y moderno. El juego de la mimesis neurótica no ha concluido: descrédito e inserción son parte de la misma operación que consiste en hablar mal de aquello a lo que se pertenece... etc. Cierto, todavía nadie dice que un indio es huachafo, pero en cuanto al resto, nadie pondría las manos en el fuego. Y así, nadie se escapa, como hay nuevos ricos, también habría intelectuales huachafientos; y médicos y otras profesiones liberales. Pero si el adjetivo se propaga, a la vez se diluye. Y en los días en que se redacta estas páginas, una radio limeña llevó a cabo una encuestra callejera. Se observó que todo el mundo sabía de que se trataba, pero la idea resulta, en la Lima próxima al año 2000, algo indefinible, con varios sentidos, en una ramificación que la gente presiente y que tal vez por eso mismo no pueda traducir en sentimientos y en palabras claras. ¿Estamos ante lo que los franceses llaman "una mentalidad" y los españoles, una disposición, una índole, un talante? Creo que no cabe generalizar, aunque en aquella encuesta, resulta significativo la ambivalencia de los interrogados: señalar al huachafo es también correr el riesgo de señalarse. Acaso la velocidad del cambio social la transforme simplemente en arribismo. Supervivencia y finalmente, en el derecho de la gente a cambiar y mejorar.

Y antes de concluir tal vez convenga decir que si el problema de la huachafería ha permanecido hasta nuestros días para gran parte de "la intelligentzia" como algo ininteligible, en gran medida parte se daba a una interpretación excesiva clasista del conflicto social. Se olvidó la serena lección de Weber: la lógica de los conflictos puede ser la de las situaciones de clases, en torno al dinero y al sistema de producción como también las ligadas a la posición y el prestigio social, y este es el caso. La huachafería es uno de esos conflictos que limita su dominio a obtener ventajas marginales, acaso por eso se lo ha desdeñado. Pero potencial en el pasado, hoy el conflicto es abierto, y se entiende el porqué. En una sociedad como la peruana dominada por la escasez, la antigua decencia, o su remedo, resulta más que una costumbre, un lujo. Por lo demás, la escasez, y ya se ha visto eso en otros escenarios dramáticos, acrecienta los niveles de angustia, cuando pesa no sólo la propia desdicha sino el bien ajeno. ¿No era el filósofo Gavinet que decía que una de las características del hombre español era la envidia? Su definición tuvo vigencia mientras duró la España pobre, de charanga y pandereta, devota de Pascuelo y de María... Nadie, ni individuo ni nación, sale indemne de un largo período de miseria.

Huachafería simulación y raje. Es verdad que en una sociedad como la peruana de la década de mil novecientos ochenta, empobrecida brutalmente, la preocupación esencial resulta ser la de la simple supervivencia, ante el flagelo de la vida cara, la violencia, la desagregación social y, en muy poco, "el que dirán". Quedan, no obstante, un par de posibilidades que la censura so-

cial siga activísima, como chisme, como bola e infundio público, acicateada por la interminable crisis. Presumir de fortuna o de finuras en el Perú pobretón de hoy, no sólo resulta un acto fuera de lugar sino suicida. Hay un país trabajado por fuerzas terribles, contradictorias. Por una parte, las fuerzas que como jamás tienden hacia la igualitarización. Los grandes niveladores están en marcha. La clase alta opta por la discreción, el perfil bajo. Por otra, como en toda sociedad existen los mecanismos que continúan estableciendo, aun en la peor de las crisis, la distancia social, mediante la competencia entre lo más hábiles, los más inescrupulosos, y los rezagados, acaso los más honestos, en un clima de delincuencia que produce escalofríos. Abelardo Sánchez León, observando el Perú de esta década señala que ya no son las clásicas profesiones liberales, médico, abogado e ingeniero, las que abren la ruta a la fortuna, sino la Universidad de la Calle, de la violencia y el vicio, o de ambas, y la nueva trinidad del éxito se llama narcotraficantes, secuestradores y senderistas. (En, "Los tres caminos de la bacanería de los 80 en el país" *Quehacer*, 1989).

Es difícil vaticinar, y en especial sobre el esquivo Perú del fin de siglo. Pero si el país sobrevive a sus plagas que no son pocas, persistirá la expresión, quizás en uno de sus primitivos sentidos, como sanción ante la vulgaridad que se vuelve desfachatada ambición. Contra la impostura. Alguien siempre puede improvisar una conducta, o asumir un rol que no es el suyo; entonces la voz guardará su sentido crítico. No es la verdad, pero combate la mentira. Huachafería, censura de la inautenticidad, disputa de vecindario que adivina la ética kantiana, metafísica al alcance de ciudadanos sin doctorados en filosofía. Y asomará en cuanto se levante un mamarracho de edificio o se exhiba un cuadro pretencioso y, en consecuencia, alguien se ría. Guerrilla sin balas del humor público. Como a toda comunidad humana, nos habita la idea de que algo pueda hacerse bien, o por el contrario, de manera estrambótica, pues los limos de lo peruano pueden combinarse en excelente forma o de manera fallada. Y si el error es, además arrogancia, la voz no habrá muerto. Arma de la ironía que antaño utilizó una acorralada élite y ahora una sociedad entera acaso porque revela secretas reservas de cordura, lo huachafo permanecerá entonces como la alegoría de los engendros y mostruosidades que la búsqueda de modernidad, forzosamente, trae consigo. Es la conciencia y es la zumba. El remedio a los excesos, nuestra forma festiva de la lucidez.

sobrevivencia de tradiciones precoloniales. Segundo: la cultura india actual constituye una síntesis nueva. Tercero: los indios no pueden constituir nacionalidades. Cuarto: los indios no tienen una cultura distinta. Quinto: el indio es una definición que conviene a los otros, a los no-indios.

La cultura india actual no es una sobrevivencia de tradiciones precoloniales. Para Favre, y otros, en ningún caso la cultura actual de los Tzotzil-Tzeltal o de los Hueyapenos puede ser considerada como una persistencia de formas culturales precolombinas que se habrían mantenido por un alto grado de aislamiento en relación a la "civilización occidental". En realidad, desde hace mucho tiempo, desde la conquista española, estos pueblos han sido estrechamente integrados en un conjunto sociopolítico extraño, que los ha obligado a profundas mutaciones culturales. (en, *Identidades*... p. 221). Vestidos, usos culinarios, los ejemplos no faltan. Aunque a veces, llaman al engaño: "las tradiciones artesanales que los estudiantes de etnología describen tan concienzudamente porque les parecen de "otros" tienen a menudo un origen europeo y/o se remontan a prácticas autóctonas modificadas en cuatro siglos. Vestidos que han sido impuestos por decretos en la época colonial. No dan noticia de los modos de vestir de los antiguos aztecas o mayas sino de los campesinos y campesinas de la España de los Habsburgo y de los primeros Borbones". Ciertamente, las actitudes básicas han sido alteradas, ha aparecido el individuo, ese invento de la modernidad. Desaparecieron las grandes organizaciones tributarias precolombinas, y aun el nivel de creencias, señala Necker, no es el mismo: "...algunos rasgos enteros de la religión autóctona ha permanecido pero la religión católica ha penetrado profundamente (p. 225). Observación necesaria, ahora en que está de moda tanta palabrería mágico-indianista.

Más importante es, sin embargo, la afirmación de que la cultura india actual constituye una síntesis nueva, en la que sigue a Deverre y su experiencia indigenista mexicana. "...a quienes se llama los indios, son en primer lugar segmentos de la población a quienes ha sido atribuido el rol de suministradores de mano de obra y de bienes baratos, rol que pueden jugar precisamente por tener una economía parcialmente de autosubsistencia". Y sigue, "Esta econom*a libera a los compradores de bienes y de servicios de la obligación de pagar un precio por la reproducción de la fuerza de trabajo de los productores y la de su familia, en consecuencia permite que estos bienes y servicios sean pagados en un precio muy bajo", la atribución de este rol a los indios... esta explotación de los indios es además favorecida por sus famosas "diferencias culturales" que convierten a los individuos en inaptos para defenderse (desconocimiento del español, de leyes, costumbres dominantes, etc.) p. 226.

Los indios no pueden constituir nacionalidades. Resume Necker, "...según los autores, la indianidad ni los subgrupos linguísticos (para el caso, mayas, nahualt, tzotzil-tzeltal, etc.) no pueden ser considerados como fenómenos "nacionalitarios". Para Favre, poco o nada se identifican con estos grupos, su identificación más fuerte se hace siempre con los grupos locales (valle, comunidad). Para Friedlander, la identificación subjetiva existe, pero es una identificación negativa, "la indianidad en Hueyapan mide lo que los indios no son o no tienen en relación con una élite hispánica".

Los indios no tienen una cultura distinta. "...la indianidad como una